

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

Por Federico Villoch.

«ESQUINAS DE LA HABANA»

II

GALIANO Y ZANJA

LA ESQUINA DE LIBORIO

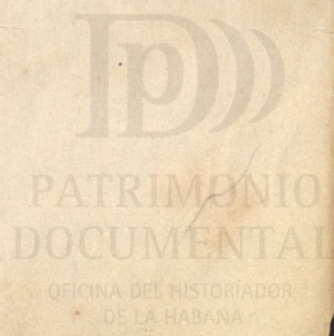
DURANTE cerca de treinta años, en la casa adjunta a la lotería de la esquina de Zanja, por Galiano, estuvo instalada la redacción, administración e imprenta del periódico, más leído y popular de Cuba: «La Caricatura». No hace mucho escribimos una extensa postal, con lujo de detalles sobre este periódico; pero hoy vamos a tratar, como si dijéramos, de «La Caricatura», por fuera. Antes de fundarse este periódico se le llamaba a aquella casa «la de las esponjas», por los ejemplares que de ellas allí se exhibían, de una manera original y atrayente, teñidas en colores rojo, verde y morado; y recortadas en distintas figuras y tamaños, como se hace, a veces, con los álamos y otros árboles de los paseos. Estas esponjas eran traídas de los criaderos de Batabanó, de uno de los cuales era propietario un señor de apellido Rodríguez, hermano de Don José, que luego fue el fundador de «La Caricatura». Este periódico se fundó con motivo de un crimen sensacional ocurrido en La Habana, allá por los años de mil ochocientos ochenta y pico, publicando varios retratos y el facsímil de varios objetos empleados en el suceso. Los periódicos de entonces no le daban importancia a estos detalles gráficos; pero «La Caricatura» los publicaba todos, con preferencia: el puñal, el revólver, el hacha, todo con su tamaño natural. De los crímenes de aquella época se recuerdan: el del Puente de la Lisa, de Marianao; el de la Suegra que mató a su yerno de un hachazo mientras aquél estaba dormido; el de Benitín y Benitón, bodegueros establecidos en el pueblo de Regla; el del Mancebo de botica, Casademunt, en la Vibora; el del hombre que apareció ahogado dentro de un baúl en la calle de Amargura. El autor de este crimen, un joven asturiano de 18 años, fué condenado a muerte, e indultado por Estrada Palma, gracias a las humanitarias gestiones de Don Nicolás Rivero, director del

DIARIO DE LA MARINA. El asesinato de la «Bella Murciana» que se quiso hacer pasar por un suicidio, en una casa de huéspedes, de la Calzada de Belascoain; el de la Mayorquina, en una agencia de mudanzas de la calle de Colón; el macheteo de una pobre guajirita en estado por Manuel García; los secuestros de Sainz, hacendado de Matanzas; el de Antonio Fernández de Castro en Jaruco, por el propio bandido con exigencia de mil centenes por su rescate; Bo-cú, el brujo de Santiago de Cuba; el agarrotamiento de Machín, en la plazoleta de la Punta, en tiem-

pos del general Salamanca; el asalto y tiroteo de un tren de mercancías, cerca de la estación del Empalme, en que murió su conductor el joven Abelardo Rodríguez por la partida de Montolongo; el incendio de la estación de Quivicán, lo que dió lugar a que el infeliz jefe de estación Valdés Coloma se volviera loco; el derrumbe de la fábrica de tabacos de Gener y la explosión de un depósito de dinamita, en un cuartel de Pinar del Río, precisamente el día en que estaba anunciado el choque del cometa Halley con la Tierra, etc., etc. A «La Caricatura» no se le escapaba nada y todos estos sucesos se publicaban con excesivo lujo de detalles: el más sencillo pinchazo de alfiler que derramara un poco de sangre, tenía su sitio consagrado en el número correspondiente del próximo sábado de «La Caricatura»; y venga a verse en el lugar del suceso con sus cámaras fotográficas a cuestas, su trípode y su paño negro, el repórter gráfico de «La Caricatura», el popular Higinio Martínez; el Noticiero Manuel Alonso de la época...

Las máquinas impresoras de «La Caricatura» empezaban a funcionar, fijas, como un reloj, a las nueve de la noche del jueves; y ya no paraban hasta la madrugada del sábado. Todos los que pasaban por allí sabían que se estaba imprimiendo el crimen de la semana. El sábado, a las siete de la mañana, se abría la puerta de la ca-

*Suplemento 2/15*



2

sa; y una turba de vendedores —miles y miles— se instalaba en los portales, armando una estrepitosa gritería de la que sobresalían los nombres de ¡Manolo! ¡Antonio!, el primero, el dueño del periódico; y el segundo, el jefe de los vendedores. El periódico se imprimía en un papel rosado, especial, que una casa importadora habanera recibía directamente de Alemania. Era un verdadero acontecimiento público el que se desarrollaba en aquella esquina de Galiano y Zanja antes de la salida del popular semanario. A veces se veía interrumpido el tránsito de las guaguas y los carros urbanos. Aún no se había inaugurado el tranvía eléctrico; y los antiguos guardias municipales, llamados «destañidos», tenían que hacer uso a veces de sus machetines para restablecer el tránsito y el orden público. El sábado subsiguiente al 24 de febrero de 1895, aquella esquina ofreció un cuadro inolvidable para los miles de personas que lo presenciaron. Sabíase que el tristemente famoso bandolero Manuel García, que se había titulado Rey de los Campos de Cuba, había caído muerto a la salida del caserío del Seborucal, próximo al pueblo de Ceiba Mocha, yendo con otros de su partida, en los momentos en que intentaba incorporarse a un grupo de patriotas de la provincia de Matanzas, obedientes al grito de independencia que se acababa de lanzar en Oriente, en el po-

blado de Baire... Pero Dios, que lo dispone todo, dispuso que aquella santa y noble revolución no se manchara con la presencia de un hombre que la había escogido, no para ayudarla con su esfuerzo, sino como una puerta de escape para librarse de la justicia de los hombres, sin pensar que de la Divina no se redime nadie que se halle en descubierto con ella. «La Caricatura» tiró aquella semana del 24 de febrero de 1895 —hace hoy cincuenta y un años, porque escribimos esta postal el mismo día 24 de febrero de 1946— tiró, decíamos, setenta mil ejemplares con el retrato de Manuel García, en hoja aparte, logrando un record periodístico desconocido en La Habana hasta entonces. Todos los vendedores de periódicos de La Habana acudieron aquella mañana a la esquina de Galiano y Zanja a proveerse de ejemplares del citado semanario; y La Habana se estremecía, poco después, con los gritos de: ¡... caricatura con la muerte de Manuel García!... Un chino, popular vendedor del periódico, que se instalaba en los portales de la Plaza del Vapor, pregonaba: ¡Si cabá rey Manué Gacia! La muerte del bandido, enlazada con aquel grito de independencia que se acababa de lanzar en Baire, se tomó como el presagio de una futura vida de tranquilidad y esperanza, en plazo más o menos corto. ¡Pobre humanidad confiada, siempre, imaginándose lo mejor!

Y vamos a poner término a esta vieja postal descolorida, consignando un detalle de gran importancia histórica: en aquella esquina de Galiano y Zanja vino al mundo, y ocupó su puesto en la Historia de Cuba, la popular imagen símbolo del pueblo cubano: Liborio. Tenía el periódico la costumbre de regalar a sus favorecedores, semanalmente, una hoja satinada con el retrato de algunos de nuestros próceres de mayor importancia; y una semana se le ocurrió a Ricardo de la Torriente, el dibujante del periódico, dibujar la cara de un guajiro con sus clásicas patillas isleñas; y al ponerse debajo el correspondiente comentario, el cronista Cascabel —el postalista de hoy— le puso el nombre de LIBORIO, que, como es sabido, es el que llevan por lo general nuestros campesinos. Y así quedó bautizado con aquel nombre para la eternidad, el laborioso y sufrido pueblo criollo.

En un tiempo se le llamó a aquella esquina de Galiano y Zanja, por los sucesos que publicaba «La Caricatura». «LA ESQUINA DE LOS CRIMENES»; pero desde que aparecieron las láminas con el retrato de Liborio pegadas en las paredes y las columnas de aquel sitio, se le empezó a llamar, y así se le llamó durante varios años: LA ESQUINA DE LIBORIO.

El próximo domingo: III: Consulado y Virtudes: La Esquina de la Alegría.

*San, marzo 2/48*

